

El asesinato de la profesora de **LENGUA**

Jordi Sierra i Fabra
Ilustraciones de Amelia Navarro



LECTURAS **TOP**

LECTURAS  TOP

© Del texto: Jordi Sierra i Fabra, 2007, 2026
© De las ilustraciones: Amelia Navarro, 2026
© De esta edición: Grupo Anaya, S. A., 2026
Valentín Beato, 21. 28037 Madrid
www.anayainfantilyjuvenil.com

1.^a edición, abril 2026

ISBN: 978-84-143-6283-9
Depósito legal: M-1691-2026
Impreso en España - Printed in Spain



Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeran o comunicaran públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

El asesinato de la profesora de LENGUA

Jordi Sierra i Fabra
Ilustraciones de Amelia Navarro



ANAYA

LECTURAS **TOP**



UN MENSAJE PARA TI

Hace unos años publiqué *El asesinato del profesor de matemáticas*. Fue mi venganza por lo mal que me trataron mis profes de mates en la infancia. Lo cierto es que las matemáticas son hermosas... si te dicen que son un juego maravilloso. Pero nadie te lo dice. Lo descubrí de mayor y por eso creé el personaje de un profe fantástico que quiere que sus alumnos aprueben.

Ahora tienes en las manos *El asesinato de la profesora de lengua*. Este caso es distinto. Yo amo la literatura, la palabra escrita, escribir, leer. Tenemos la suerte de estar vivos y de tener libros. ¿Se puede pedir algo más? Yo creo que no. Es cierto que de niño ya escribía como un loco, dejando volar mi imaginación. También tuve, eso sí, una profesora de lengua que me ponía ceros por tener fantasía, pero son cosas que pasan. Hoy el único motivo de que una maestra de lengua se vuelva loca (como sucede en este libro) y amenace con espachurrar a uno de sus alumnos, es que ellos no lean.

¿Es tu caso? ¿Es vuestro caso? Pues cuidado: el día menos pensado la profesora o el profesor de lengua puede que se harten y que hagan como la de esta novela.

Yo os aviso.

De todas formas, si leéis esto y descifráis las pruebas despacio, sin saltároslas, veréis que no es tan fiero el león como lo pintan. Quería demostraros que escribir y leer también es un juego.

De ingenio, claro, y sin mandos ni tres vidas.

Que os vaya muy bien en esta experiencia literaria.

Jordi Sierra i Fabra



SILVIA Y BRUNO

LEWIS CARROLL

En el mismo momento en que la SOS entró en clase, se dieron cuenta de que algo sucedía.

Era una mujer menuda, frágil, llena de entusiasmo y bondad, con un rostro suave y amable. La llamaban SOS, por esa razón. Parecía estar pidiendo socorro. En realidad, eran las iniciales de su nombre: Soledad Olmedo Sánchez.

A la mayoría de los que tenían el nombre formado por iniciales curiosas, les bautizaban con ellas o con su significado. Un juego que en el caso de la profesora de lengua se reservaba solo para los alumnos, aunque estaban seguros de que ella lo sabía. Los profesores siempre sabían más de lo que aparentaban, pero eran un mundo en sí mismos, impenetrable. El poderoso mundo que les aprobaba o suspendía a fin de curso.

—Seño, tiene mala cara —dijo Matilde Sempere, siempre preocupada por la salud de los demás.

La señorita Soledad alcanzó la mesa, dejó los libros que siempre cargaba sobre ella y los abarcó con una mirada de agotamiento antes de dirigirse a Matilde y responderle:

—Sí, no me encuentro muy bien.

—¿Por qué no se ha quedado en la cama? —propuso Estanislao Costa, sin ocultar ni disimular su interés de que tal probabilidad se confirmase.

—No es una enfermedad de las de guardar cama —suspiró rendida, apoyándose en la mesa—. Es más bien... frustración —les abarcó de nuevo con sus ojos empequeñecidos,



como si un peso insondable tirase de ella desde el interior, a punto de arrastrarla al abismo—. Los exámenes de ayer...

El silencio fue ominoso.

Los exámenes, claro.

—Pero bueno, ¿qué os pasa? —exclamó la profesora de lengua.

El silencio se hizo aún más espeso.

—La mitad de la clase ha hecho más de diez faltas en una redacción de un folio. ¡Un folio! —estalló—. Únicamente dos no habéis hecho ninguna falta, y al menos un tercio no ha leído el libro que os mandé leer. —Su voz sobrevoló el silencio igual que un pájaro de mal agüero. No recordaban haberla visto así jamás, tan... abatida. Sí, mucho más que enfadada: abatida—. ¡Sois tan tontos que incluso copiáis tal cual esa página de internet que os sopla las chuletas! ¡Tal cual! ¡Ni os molestáis en hacer el menor esfuerzo por cambiar una palabra! ¡Es que no ponéis nada de vuestra parte! —Hizo una breve pausa antes de volver a preguntar—: ¿Qué os pasa?

Los rostros, por raro que pareciera, se mostraron graves. Si hasta la SOS se ponía mal y en su contra...

—Tú, Tasio —se dirigió a TNT.

El chico se quedó blanco.

—A mí no me pasa nada —respondió asustado.

—¿Ah, no? —insistió ella—. ¿Por qué no leíste el libro?

—No tuve tiempo.

—¡No digas tonterías!

—En serio —insistió él.

—¿Y tú, Gaspar? —le tocó el turno a GOL.

—No me gusta leer —fue sincero.

—Eso ya lo sé.

—Pues ya está —pareció desafiarla, aunque no era esa su intención.

—¡Es una novela genial, divertida, que se lee en un plis plas! —gritó la profesora—. ¡Por Dios, a mí me hacían leer *El Quijote*!

—A usted le gusta leer, pero a mí no —se mantuvo en sus trece Gaspar—. Y eso de que se lee en un plis plas... Tiene cien páginas, y sin dibujos.

La señorita Soledad se sintió desfallecer.

—¿Dibujos? ¡Que tienes catorce años, hijo!

Tasio Nerea Tarrago, alias TNT, y Gaspar Oñate Lamela, alias GOL, se miraron entre sí. Eran los más peleones de la clase. Si se sorteaba una torta, se la llevaban al alimón. Ni las matemáticas ni la lengua iban con ellos. Por lo demás, todos les apreciaban. Eran sinceros, directos, legales... Y encima inteligentes. Los maestros lo decían. Su frase predilecta era: «Si pusierais algo de vuestra parte...». Y ya lo intentaban, ya. Lo malo es que no lo conseguían.

La profesora de lengua se pasó una mano por los ojos. Envejeció diez años de golpe.

—¿No os dais cuenta de que a los treinta años tendréis esto seco? —Se llevó una mano a la frente con doloroso patetismo—. No sabréis pensar y seréis tontos. Pero no tontos a secas, sino rematadamente tontos. Y no me digáis que falta mucho para eso y que tal y cual. Los tendréis. ¿Queréis ser unos idiotas, sin poder hablar con nadie, con un trabajo asqueroso porque careceréis de un mínimo de cultura? —aumentó el tono de voz al irse caldeando—. ¡Se aprende más leyendo que estudiando! ¡Un día llegaréis a los setenta años y entonces, ¿qué?! ¿Os sentaréis en un parque mirando al infinito, jubilados pero no felices, muertos en vida y dándoos cuenta, demasiado tarde, de que habéis tirado lo único que teníais: la existencia? ¡Santo cielo, no seáis unos frustrados, porque es lo peor que hay! ¡Os estáis jugando el futuro, aquí, ahora!

¡Todo está en los libros! ¡La cultura no es venir a clase cada día, aprenderos las lecciones como loros, que os pongan un cinco pelado y pasar el curso! ¡La cultura es absorber la vida, aquí dentro y ahí afuera, estar abiertos a todo, no pasar de nada, tener curiosidad, y por encima de todo leer y leer, para ser felices, aprender, entender las cosas, hacer que el cerebro se engrase!

Dejó su agitada perorata y se enfrentó a sus semblantes serios.

Nunca la habían visto así.

¡La SOS gritando!

—Pues se acabó —recuperó su tono más sereno, aunque no exento de tensión—. Ya sé que todo esto que os he dicho os suena a paliza, así que yo... me rindo. Fin del buen rollo, como decís vosotros. Me voy a poner más que dura. Desde ahora, nada de cuatros con esperanza o cinco pelados. ¡Una sola falta será un cero!

Hubo un murmullo.

Un revuelo.

—Oiga, que así suspendemos todos —protestó Elvira Roca.

—Ni más ni menos —La señorita Soledad se cruzó de brazos.

—¿Eso es legal? —preguntó Pablo Antonio Valero Orihuela, al que por supuesto llamaban PAVO.

—Esta es mi clase.

—Pero no es justo —intervino Eulalia Rincón.

—Menos justo es que castigáis así vuestra vida y vuestro futuro. Yo... no puedo más. Lo siento. No-puedo-más —lo deletreó sílaba por sílaba para dejarlo aún más claro—. Si fuerais tontos, lo entendería, pero no lo sois. Vagos, inconscientes y estúpidos sí, pero tontos, no. He fracasado en la misión de haceros entender que podéis, y sin mucho esfuerzo, aunque no lo creáis. Por lo tanto...

Dejó la parte frontal de la mesa y se sentó en su silla. Luego tomó una novela que llevaba entre sus libros y se puso a leerla como si tal cosa, pasando de ellos.

Primero, les pareció divertido.

Transcurrieron los primeros segundos, casi un minuto.

Hasta que llegó el primer rumor.

—¡Callaos! —ordenó ella—. Por lo menos dejadme leer en paz.

La estupefacción aumentó.

—Señorita... ¿no damos clase? —preguntó por fin Manuel Martínez.

—¿Clase? —Levantó los ojos del libro y alzó las cejas—. ¿Para qué? No sirve de nada. Y a mí, desde luego, no me gusta perder el tiempo.

Continuó leyendo su novela.

Ya no se oyó ni una mosca.

LECTURAS **TOP**

**LIBROS QUE HACEN
Y HARÁN LECTORES**



Soledad Olmedo, la profesora de lengua del instituto, harta de que los estudiantes no lean ni se tomen en serio su asignatura, desaparece dejando una carta inquietante: antes de medianoche asesinará a uno de sus alumnos. Solo podrán evitarlo si resuelven una serie de pruebas llenas de acertijos, juegos de palabras y enigmas literarios.

Ana, Tasio y Gaspar se lanzan a una carrera contrarreloj por la ciudad. Entre palíndromos, pangramas, poemas y mensajes ocultos, descubrirán que la lectura puede ser una aventura apasionante... y que las palabras tienen más poder del que imaginaban.

A PARTIR DE 12 AÑOS

